



BOLETIN DEL CLERO

DEL

Obispado de Leon.

NOTICIAS DE LA DIÓCESIS.

El 14 del corriente regresó á esta capital S. E. I. sin que, gracias á Dios, haya experimentado esta vez novedad en su salud á pesar de las penosas tareas de su Santa Pastoral Visita.

SECRETARÍA DE CÁMARA.

Continúa la lista de las limosnas remitidas para las Misiones de Africa.

	RS.	MRS.
SUMA ANTERIOR..	26.772	7
El Vicario de Codornillos.	19	

	RS.	MRS.
El Párroco de Castromudarra..	25	
Los vecinos del mismo.	70	
El Párroco de Cuerno.	24	
El de Renedo de la Vega.	10	
El de Villacidayo.	20	
El de Fuentes de los Oteros.	10	
El de Castilfalé.	142	
El de Zalamillas..	126	
El de Palacio de Torío.	38	
Bernabé Lopez, del mismo.	2	
El Párroco de Piedrafita.	32	
TOTAL.	27.290	7

Leon 17 de Octubre de 1859. =
Miguel Zorita Arias.

426

DECRETUM

URBIS ET ORBIS.

Quum Archiepiscopi atque
Épiscopi omnes Hiberniæ Anno
MDCCCLIV. Dublini congre-
gati à Sanctissimo Domino Nos-
tro PIO PAPA IX. humillime
postulaverint ut Festum Sancti
Patritii Episcopi Confessoris, at-
que Hiberniæ Patroni, quod in
Breviario Romano ritu semi-
duplici notatur die XVII. Mar-
tii, ad ritum duplicem pro uni-
versa Ecclesia Catholica elevare
dignaretur; Emi. ac Rmi. Patres
Sacri Consilii Christiano Nomini
Propagando in generalibus Co-
mitiis eodem Anno habitis die
XXI. Julii censuerunt suppli-
candum Sanctissimo pro gratia.

Hanc vero Sacri Consilii
sententiam quum, instante nu-
per novis precibus Archiepiscopo
Dublinensi, Sanctitas sua be-
nigne exceperit, jussit ut Fes-
tum Sancti Patritii Episcopi
Confessoris die XVII. Martii
amodo recolatur in universa
Ecclesia ritu duplici minori,
præsensque à Sacra Rituum
Congregatione edi Decretum, ac
promulgari mandavit. Contra-
riis non obstantibus quibuscum-
que. Die XII. Maii MDCCCLIX.

=C. EPISC. ALBANEN. CARD.
PATRIZI, S. R. C. PRÆF.=
H. Capalti S. R. C. Secretarius.

CONFERENCIAS

PREDICADAS POR EL R. P. FELIX,
JESUITA, EN LA CUARESMA
DE 1858.

CONTINUACION.

Yo, Señores, lo confieso
admiro con todo el poder de
la admiracion esa sabiduría ver-
daderamente divina, que por
medio de un abatimiento vo-
luntario constituye en el hom-
bre una restauracion moral. La
restauracion en el bien se veri-
fica en la Iglesia por medio de
la confesion, porque la confe-
sion es una humillacion du-
ple que abate el cuerpo en sus
prosternaciones y al alma en
su confesion. Por medio de es-
te acto, el hombre degradado
se rehabilita y se levanta ante
Dios, ante los hombres, y ante
él mismo. En lo dicho podeis
reconocer, Señores, la cegue-
dad de los reformadores, que
suprimiendo la confesion han
suprimido esos abatimientos su-
blimes que restituyen al hom-

bre, aun despues de sus degradaciones, toda su verdadera grandeza. ¡Ah! dirigid vuestros ojos á nuestros altares y ved en ellos pecadores, y pecadores transfigurados por el milagro de su arrepentimiento. Grandes son en todas sus humillaciones; y desde el centro de la gloria que resplandece al rededor de su frente prosternada por la humildad, os dirigen estas sublimes palabras: *El que se humilla será exaltado*. Ellos eran nuestro escándalo, ellos són ya nuestra edificacion; ellos fueron personificaciones de la decadencia moral por el prodigio de sus prevaricaciones, ellos son los modelos de nuestro progreso moral por el prodigio de sus virtudes. ¿Sabéis por qué? por esta sola razon: porque se humillaron.

Yo he visto, Sres., de cerca muchas almas, las he visto en el exterior y mejor en el interior. Yo debo á la verdad el testimonio que me impone la sinceridad; jamás he visto á una sola alma que entre formalmente en la via de su progreso, sino bajo la salvaguardia de la humildad. Cuando un hombre dotado por Dios de un alma elevada, de un co-

razon grande; de una inteligencia capaz de concebir lo ideal y de una voluntad capaz tambien de llegar á El, no avanza en la via del progreso, bien puede afirmarse que le falta una revelacion: la revelacion de la humildad. Por el contrario, cuando la humildad ha descendido á un alma, la humildad la atrae al centro de donde descendió para venir á ella, es decir, á Dios; y siempre en una misma alma y en un mismo corazon he contemplado estos dos movimientos simultáneos: un impulso hácia la humildad y un impulso hácia la perfeccion. El hecho mas culminante en la vida de todos los Santos, es este: el progreso en la virtud y el progreso en el abatimiento uniéndose y reconcentrándose con perfecta armonía. Se pregunta con sorpresa, cómo se han conducido los Santos ilustres para creer en su nada. ¿Siendo dignos de tanto respeto, de quien recibian y de dónde la ambicion de tanto menosprecio? ¿Siendo tan grandes por sus virtudes y por sus obras, cómo es que se consideraban tan pequeños? ¿Cómo es que el milagro de su santidad no borraba en ellos el milagro de

las humillaciones? Para esta pregunta hay, señores, una respuesta: Su santidad era su humildad misma; la una crecía con la otra, porque la una salía de la otra, ó mas bien, porque ambas eran una cosa misma. La consideracion de su imperfeccion y la ambicion de ser perfectos, el convencimiento de lo que les falta y la necesidad de conseguirlo crecen y se desarrollan juntos en la vida de los Santos. Ellos sienten la armonía profunda de estas dos palabras del Evangelio: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.*

Ved ahí, señores, con respecto á nuestro progreso moral, el punto de partida de nuestra filosofía cristiana: y entendedlo bien, jamás encontrareis otro mejor. Ahí está la piedra angular y la verdad os desafía á que establezcáis sobre otros cimientos vuestra perfeccion y la de los demás.

¿Quereis saber en qué consiste la gran desgracia de muchos hombres de nuestro tiempo? Pues no consiste en otra cosa que en ignorar, despues de diez y ocho siglos de cristianismo,

ese primer elemento de perfeccion cristiana.

Como nosotros y con nosotros quereis el progreso moral de la humanidad; pues bien, siendo así, yo os conjuro á que respondais á la verdad que os pregunta: ¿qué es lo que os falta principalmente para entrar en esa via y arrastrar en ella en pos de vosotros á todos los demás? ¿qué es lo que os falta para fecundar en vosotros mismos todos esos gérmenes de grandeza, que Dios ha dejado caer de su seno en el fondo de vuestras ricas naturalezas? una sola cosa: *la humildad*. Un acto de humillacion voluntaria, uno solo, haria en mas de mil de vosotros prodigios de virtudes é instrumentos de progreso. La humillacion voluntaria del arrepentimiento obraria en vosotros esa transfiguracion, por la que es necesario pasar para llegar al progreso. Pero esto es lo que no se quiere; no hay quien se crea demasiado grande para humillarse en la confesion de su miseria, y esta condicion soberbia hace que jamás pueda salir de su miseria. Hay hombres aquí que llevan en sus almas la semilla de las cosas mas grandes, y que

muestran en la magestad de su frente el signo de una vocacion sublime. El milagro de la humildad haria de ellos grandes hombres en el sentido mas hermoso de esta palabra; hombres cuyos vestigios generosos besarian con amor las generaciones, hombres á quienes no tienen mas que seguir para encontrar su progreso: pero si estos hombres no quieren oír la voz sublime de la humildad, la persuasion insensata de una falsa grandeza los hará extinguirse y morir en el seno de una oscura mediania, por no decir en el abismo de una bajeza real. Uno dirigirá el esfuerzo de su genio hasta la ilustracion de la novela corruptora, otro sepultará su nombre en la gloria de un folletin malévoló, aquel empleará su hermoso génio en abrir los abismos de la duda en el fondo del alma humana; este abrirá en lo mas profundo de los corazones abismos de perversion, empleando para pervertir á los hombres toda su depravada energía; y no faltará, en fin, quien llegue á no hacer nada, considerando sublime y digno de un hombre de bien pasar toda su vida ocupado de sí mismo.

Pues bien, en tanto que todos esos hombres ilustres que tienen una palabra, una pluma, un pincel, y lo que vale mucho mas, un alma, un corazon y un genio capaces de cosas mas fecundas, están *gloriosamente* ocupados en disminuir nuestras verdades y en destruir nuestras virtudes; en tanto que toda esa elocuencia, y toda esa poesía, y todo ese genio, y todos esos tesoros de las grandes almas se derraman á torrentes sobre los pueblos, para conseguir la esterilidad del bien y la fecundidad del mal, pasará por en medio de ellos un hombre ignorado del mundo y menospreciado de sí mismo, un hombre que llevará impreso el sello de la grandeza, aunque cubierto de su humildad, un hombre que huirá de la gloria y marchará en pos del bien; ese hombre, en fuerza de reflexiones serias, de ardientes súplicas y de luchas heróicas, ha llegado á este resultado singular, pero inmenso, la conviccion de su propia nada. Este hombre realizará en su vida las cosas mas grandes; de esta nada de un hombre saldrán, para la dicha y el progreso de la humanidad, creaciones poderosas; es-

te hombre formará generaciones sin número para la pureza, para la abnegación, para la honestidad, para la justicia y para todas las virtudes; este hombre será el padre de un millón de huérfanos, el consuelo de un millón de afligidos, el protector de un millón de abandonados, el restaurador moral de un millón de seres degradados, el alimentador de un millón de hambrientos; uno de esos hombres, en fin, tales que no es necesario haya más que diez para impedir que perezcan, no solo una ciudad sino un pueblo entero; uno de sus hombres, aun sin hacer milagros, curan á los que le tocan por el contacto de esta vida que es por su poder un milagro perpétuo; uno de esos hombres, que por sí solos hacen en favor del verdadero progreso del mundo, más que todos los filósofos, literatos, poetas y políticos juntos. ¿Y en qué consiste esta fuerza, esta fecundidad, este poder, en un solo hombre? Consiste en que ese hombre ha sido humilde. Cualquiera que sea por otra parte la razón profunda de esto, esta razón es la luz más grande que brota hace diez y ocho si-

glos de las obras realizadas por los hombres. La historia de la Iglesia católica, sobre todo, narra, por testimonios cuya voz nada puede enmudecer, el poder creador de la humildad. Considerad la vida de todos los Santos que han marcado su paso en la humanidad con las huellas de obras profundas, y vereis que la grandeza de sus obras tiene por medida la grandeza de sus abatimientos. Yo afirmo que no hay en el cristianismo una cosa verdaderamente grande y verdaderamente eficaz, que no haya sido producida por humildes. Quizás hay soberbios en la superficie, pero en el fondo hay humildes. Los soberbios hacen ruido y recogen la gloria, pero los humildes son los que hacen las grandes cosas recogiendo quizás el oprobio; y es, señores, que ellos solos son los que tienen el germen de la fecundidad, y célebres ó ignorados, insultados ó aplaudidos, vencidos ó vencedores, ellos son los que producen, y sus obras son el progreso del mundo. ¡Vencidos! los Santos aparecen frecuentemente tales; pero en realidad ellos triunfan siempre; porque Dios está con ellos ase-

gurando sus mas efectivas victorias en el seno de sus mas aparentes vencimientos. Se diria que todo cede á su imperio. Su humildad es una soberana que se hace obedecer. Las criaturas hacen lo que ella quiere, y el mismo Criador parece esperar sus órdenes, Dios no resiste á esta atraccion de la humildad, que encierra en sí su misma fecundidad para glorificarle por medio de obras que tienen el sello de su poder y de su perpetuidad. Las creaciones de los humildes tienen efectivamente este carácter, subsisten aun despues que han dejado de ser, porque ellos no han edificado sobre sí mismos, y porque Jesucristo, sobre el cual edificaron, permanece eternamente. Por el contrario, de las obras de los soberbios despues que ellos han muerto, nada queda mas que ceniza, y si quedan sus ruinas, es solo para atestiguar que fueron impotentes para levantar obras duraderas. ¡Oh poder! ¡oh fecundidad! ¡oh milagros de la humildad cristiana! Cuando el hombre se confiesa débil, Dios le fortifica, cuando el hombre se abate, Dios le eleva, y cuando á fuerza de humildad se afana por reducir-

se á la nada, entonces Dios le rodea por todas partes con su poder infinito para que pueda producir obras fecundas.

Así este Dios de los humildes, rebajando su divinidad hasta nuestra nada, para labrar la salud del mundo, ha proclamado para siempre el poder creador de la humildad, ha condenado á las obras del orgullo á que se sequen en su raiz, como plantas que han perdido con su sávia el germen de la fecundidad, y ha querido que la humildad se abra al sol de los siglos cristianos como flores llenas de perfumes, y que se manifieste como frutos llenos de inmortalidad. Tal es ¡oh Dios de los humildes! ¡oh Rey de los pequeños! el misterio de vida salido dos veces de los tesoros de vuestra fecundidad infinita; una en la primera creacion que hizo el mundo de la naturaleza; otra en la segunda creacion que hizo el mundo de la gracia.

Pero la humildad no produce solamente la perfeccion en el hombre y la fecundidad en las obras; produce tambien la armonía en la sociedad. La armonía social y el problema de estos tiempos, y el sosteni-

miento del orden, en el buen sentido de la palabra, es la cuestión del día. Nadie hay en Europa que ignore hoy, que la armonía social está conmovida, que el orden está amenazado. Muchas son las causas de este mal social que trabaja al mundo, pero hay una que me parece más profunda, más universal y activa. ¿Cuál es? el horror á obedecer. Un espíritu satánico se ha apoderado de nuestra sociedad moderna; este espíritu es conocido en todas partes con un mismo carácter: por el horror á obedecer. No más dependencia, no más sumisión, no más obediencia, no más autoridad: tal es la voz sorda, pero distinta, que se oye repetir por los ruidos de nuestro tiempo.

Todo lo que en la sociedad moderna tiene poder para dar órdenes, todo lo que en sí personifica la autoridad, es perseguido por odios implacables. Para matarla con más seguridad se la apunta al corazón ó á la cabeza; y si Dios estuviera al alcance de los malos, también asestarían sus tiros contra Dios. Si Dios se manifestara hoy sobre un trono visible, con un cetro en la mano, dispuesto á ejercer por sí mismo el gobier-

no de las sociedades humanas, yo os aseguro que al rededor de este trono de Dios se verían hombres conspirando, y el infierno haría estallar sus máquinas contra ese Rey del cielo, venido para gobernar la tierra. Este gobierno de Dios, más perfecto que todos cuantos pueden imaginarse, sería para los hijos de este siglo, el más insoportable de los gobiernos, porque sería el gobierno de la sabiduría, del orden y de la justicia, en su más alto grado. Ved ahí porque el gobierno que más se asemeja al de Dios sobre la tierra, porque es su manifestación más elevada, el gobierno pontificio, tiene el privilegio incommunicable de los odios satánicos. Si vosotros supierais los tenebrosos furores que en ciertos corazones se agitan contra el sucesor de Pedro, os espantaríais. Pero no deben causaros admiración esos odios y furores. Satanás está contra Dios y los representantes de Satanás están, por la misma fuerza de las cosas, armados contra los representantes de Dios. Roma, el gran centro de la autoridad, Roma, la autoridad más alta, la más permanente y universal, Roma es

objeto de los odios más profundos y universales. ¿Nada os enseña este hecho?

Ved ahí el fondo del mal social, sin que pueda ignorarlo cualquiera de vosotros que haya tenido ocasión de ejercer una parte de autoridad. Príncipe, pontífice, magistrado, funcionario, con cualquier nombre que se designen sus funciones de mando, todos y cada uno tienen contra sí odios tan prontos como activos. Todos y cada uno sienten pasar sobre sí ese viento del infierno que sopla en las almas el odio á toda autoridad. Sí, señores, la conspiración contra la autoridad, la conspiración de noche y á la luz del medio día, la conspiración en el fondo de las almas y la conspiración en la superficie, tal es el espíritu del siglo; y en medio de esa conspiración contra toda autoridad, aparece por todas partes un individualismo soberbio, un egoísmo monstruoso que se revela en discursos, en libros y por estas palabras que el infierno inspira y que se oyen por todas partes: *Independencia ó muerte*.

Ved ahí el mal, señores, ¿por qué ocultarlo ó revelarlo á medias? ¿Para este mal queréis

un remedio, no un remedio que solo os cure pronto, uno que os cure infaliblemente? Sí le queremos. ¿Pero cuál será? No temáis, señores, que yo pida á la violencia el secreto de la armonía social, no temáis que yo apele al imperio de la fuerza material para reprimir los desórdenes morales. Lo que yo exijo, señores, de vosotros, lo que debe curaros, es una cosa que todos podeis concederme, es la reacción cristiana contra el mal del orgullo, único que engendra el mal satánico de la independencia; y la reacción contra el orgullo es... *la humildad*.

Pero ¿cómo puede ser la humildad un remedio eficaz para nuestro mal social? La humildad cristiana apoderada de todas las almas, es por su misma naturaleza, la supresion de ese gran mal que aflige á las almas. Efectivamente, el odio á la autoridad, obstáculo eterno para la armonía social y enfermedad especial de nuestros tiempos, no es en el fondo más que el horror á la sumision y á la dependencia, y la humildad en su esencia no es otra cosa que sumision y dependencia, pero sumision cordial y dependencia respetuosa. Ved,

pues, lo que os demuestra como existe en el fondo de la humildad cristiana el remedio supremo para el mal de la sociedad. No se concibe la armonía, sino por la sumisión y la dependencia, y la sumisión y la dependencia son la esencia misma de la humildad. El primer grado de la humildad no es otra cosa que el primer grado de la dependencia ante la autoridad divina, y la consumación de la humanidad es la consumación de la dependencia ante el dominio absoluto de Dios, la dependencia y sumisión voluntarias que la humildad dirige y mantiene inviolables ante todas las autoridades que se derivan de esa autoridad suprema.

Ved por qué, donde todos son humildes, todos están sometidos y todos son, por consiguiente, súbditos, porque un súbdito no es otra cosa que un ser sometido. Por el contrario, cuando todos son orgullosos, todos quieren mandar y nadie quiere obedecer: y allí donde esto sucede, la persona no está sometida y por consiguiente no hay verdaderamente súbdito, no hay más que sujetos que tienen la fuerza y servi-

dores de la fatalidad. En este caso hay absoluta ignorancia de la sumisión voluntaria y de la dependencia respetuosa; y la armonía social huye de esos pueblos soberbios que no saben ya ser más que una horda de estas dos cosas, sediciosos ó esclavos, crueles ó rastreros. Así es, que no basta el más elevado genio político para gobernar un pueblo de orgullosos, al par que para gobernar á una sociedad de humildes basta un hombre vulgar, y no esperéis nada que sea servil de esos hombres espontáneamente sometidos y voluntariamente súbditos. El pueblo formado por las enseñanzas de Belén y del Calvario, aunque sometido, sabe ser grande: y está sometido sin servilismo; y es grande sin orgullo, y es arrogante sin insolencia. Estos hombres tan sometidos á toda autoridad legítima, son los únicos que en el día de las grandes pruebas no doblan su cabeza ante el triunfo de los malos, son los únicos que los tiranos encuentran de pie en medio del servilismo y de las prosternaciones universales. Y es que la misma razón que los hace inclinarse ante la autori-

dad, los hace inflexibles ante la usurpacion. Así es, que cuando el hombre aspira á exigirles obedezcan en cosas en que se interesa la honra y gloria de Dios, ellos són los únicos que esclaman aunque se les amenace de muerte. *Es necesario obedecer á Dios mas bien que á los hombres.* Corderos ante la autoridad, són leones ante la tiranía.

Tal es la inmensa importancia social de la humildad cristiana; y vosotros, señores, relegais al fondo de los cláustros la práctica de la humildad como un vano cristianismo; pues bien, sabedlo todos y principalmente vosotros, los que gobernais á los hombres, que la humildad es el secreto divino de la mas alta política. Vosotros buscáis en la legislación, en la administracion, en las constituciones, en el génio ó en la fuerza el secreto de resolver el problema difícil de la armonía social; pues bien, reconoced dónde se encuentran el obstáculo ó el secreto del gobierno de los pueblos: aprended á conocerlo que es el orgullo y el orgullo que es la humildad. El orgullo es la insurreccion, la humildad es la obediencia; el orgullo es la re-

volucion, la humildad es la restauracion; el orgullo es la anarquía, la humildad es el orden; el orgullo es el socialismo, la humildad es la sociedad; el orgullo es el odio á la autoridad que hace á los pueblos incapaces de gobierno y todo gobierno imposible; la humildad es el amor á la autoridad que facilita todo gobierno y labra la dicha de los gobernados. La humildad no es solamente la obediencia á toda autoridad legítima, y el respeto á toda grandeza verdadera, es tambien el amor á la autoridad que le manda y á la grandeza que venera. *Sí, señores,* la humildad hace este milagro, que es uno de los mayores secretos de la armonía social, sabe amar de todos modos; á cuanto está por debajo de ella, si es superior á ella; á cuanto está por encima de ellas si es inferior; á cuanto está al nivel de ella, si ella es igual; superior, ejerce un imperio fuerte como la paternidad y dulce como la maternidad; inferior, profesa una sumision filial y una obediencia en que el amor y el respeto se confunden, formando esa amalgama exquisita cuyo secreto solo ha

sabido encontrar el cristianismo; igual, abraza á todos sus hermanos y se da á cada uno segun la medida de sus necesidades; si mira á lo alto, no es para envidiar; si á lo bajo, no es para menospreciar; si á los lados, no es para aborrecer. Ah! la humildad no conoce á la envidia, al odio, ni al desprecio, á esos tres hijos del orgullo, que son por lo mismo enemigos eternos del orden. La humildad abraza, como una madre á sus propios hijos, á estas tres cosas que ella engendra siempre en todas partes; la obediencia, el respeto y el amor; en el seno de esas tres cosas, hace que se abra la flor suave de la fraternidad y el fruto generoso del orden social que hace á las generaciones dichosas y á los pueblos progresistas.

¡Oh, Dios de la paz, autor del orden y centro de la armonía! dejadme ver antes de morir una imagen al menos de lo que yo he entrevisto, meditando al pie del Calvario en la luz de vuestro semblante, la sociedad de los humildes sobre la tierra ¡oh sumision! ¡oh respeto! ¡oh amor! ¡oh unidad! ¡oh armonía! ¡oh ideal enseñado por Jesucristo en el fondo de estas palabras

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón! ¡ideal que huye siempre á nuestros ojos oscurecidos por las nubes que el orgullo levanta en derredor nuestro! ¡Oh! cuán hermosa es la sociedad de los humildes. En ella los príncipes están dotados de abnegacion, los súbditos siempre son sumisos; en ella el señor es dulce y el servidor obediente; en ella el rico es fraternal y el pobre resignado, en ella todo está, en fin, en su lugar, lo que está en lo alto toca con armonía á lo que está en medio, lo que está en medio se une sin violencia á lo que está debajo; en esa sociedad de donde se ha retirado el orgullo y donde la humildad reina como soberana, todo es orden, justicia, bondad, resignacion, paciencia, amor y fraternidad.

¡Ah! ¡Dios mio! ¿Es esto un sueño? ¡Ah! señores, yo os oigo desde aquí murmurar en el fondo de vuestras almas: ilusion.... ilusion!!! Esa vision que pasa ante vuestros ojos fascinados, esa sociedad que pintais con colores que les da vuestro amor, esa sociedad no es la tierra, esa sociedad es el cielo.... Sí.... teneis razon, ese reino so-

berano de la humildad entre los hombres, sería la sociedad del cielo. Pero si nosotros queremos, bien puede lucir sobre la tierra un reflejo de ese cielo, porque si la humildad cristiana puede llegar á hacerse popular, el infierno social huirá de nosotros y nos dejará alguna sombra de la sociedad de los cielos. Yo no sé lo que debe suceder, pero un presentimiento invencible me dice que la sociedad moderna se salvará por los pequeños. Los orgullosos nos han perdido y los humildes nos salvarán. Es nuestra fé, es nuestra esperanza, es un raptó de nuestro amor en favor de tantos hermanos á quienes deseamos salvar. Haga Satanás lo que quiera para desplegar sobre nuestros muros y en nuestras plazas la bandera de Babilonia, nosotros tendremos siempre de pié el estandarte de Jesucristo. En tanto que él con riquezas, honores y voluptuosidades empuje al gran abismo del orgullo, nosotros con la pobreza, con la austeridad y el menosprecio del mundo empujaremos al reino de la humildad, que es el verdadero reino de Dios entre los hombres. Y ahora, señores, antes de

abandonar este recinto, dad á mi fé una prenda para el porvenir y á mi palabra una ofrenda de aceptación; haced un acto de humildad. Prosternad vuestros cuerpos y sobre todo vuestras almas ante la vendición que va á caer sobre vosotros; y despues de prosternados y despues de recibida, levantaos llevando en vuestras almas una grandeza igual á la profundidad de vuestras prosternaciones. Quizás estais reunidos aquí mas de tres mil, y con tres mil humildes, bien puede restaurarse el nivel moral de esta gran ciudad, á fin de que por la fuerza de vuestros ejemplos, París sea llamada, no una Babilonia, sino una nueva Jerusalem. Hijos del Calvario, humillaos para que sobre vuestro abatimiento se eleve la ciudad del progreso, la verdadera ciudad de Dios. = P. Felix, S. J. = Traducida por L. C. y Sol.

(Se continuará.)

Creemos hacer un servicio al clero, dándole á conocer las acertadas disposiciones dictadas por el Ministerio de Hacienda

en 16 del anterior Setiembre, las cuales están limitadas á los puntos siguientes:

1.º Que al Ministerio de Gracia y Justicia corresponde, para llevar á efecto las liquidaciones de atrasos del clero, fijar la asignación ó dotación de cada empleo ó pieza eclesiástica, con arreglo á las leyes y resoluciones que estuvieron vigentes al efecto, desde que el clero dejó de administrar los productos del diezmo y primicias, y el Estado adquirió el compromiso de atender á su decorosa subsistencia, con especialidad desde que se espidió la ley de 15 de Julio de 1837.

2.º Que á la Ordenación general de pagos del Ministerio de Gracia y Justicia, compete la formación de las liquidaciones, en los términos que prescriben las disposiciones vigentes sobre el particular.

3.º Que las liquidaciones deben practicarse individual y no colectivamente, segun está prevenido para las demás clases en el art. 3.º del Real decreto de 5 de Setiembre de 1851.

4.º Que á medida que vayan formándose las liquidaciones, se remitan ordenada y periódicamente, para alcanzar la mayor

rapidez y exactitud, á la Dirección general de la Deuda pública en observancia de lo mandado por la Real orden de 30 de Enero de 1852.

Y 5.º Que la Dirección de la Deuda proceda al exámen de las liquidaciones del clero, en los mismos términos y con las propias formalidades que se hallan en práctica para las otras liquidaciones de las diversas clases civiles, procurando adoptar el método que crea mas conducente á que tan atrasado servicio reciba todo el impulso necesario.

Con motivo de varias dudas que se han suscitado sobre si cuando la tropa entra en la iglesia con armas deberá efectuarlo con el morrión quitado, se ha resuelto de Real orden en conformidad con lo informado en 27 de Setiembre próximo pasado por el Tribunal Supremo de Guerra y Marina en pléno, que los cuerpos de tropa de las diferentes armas del ejército asistan á misa con armas y teniendo la cabeza descubierta; que las músicas y bandas han de sonar únicamente para tocar la marcha Real á la elevacion de la

Hóstia y del Cáliz, suprimién-
dose las voces de mando dentro
del templo, que se suplirán por
medio de señales hechas con
golpes al parche, ó bien dando
puntos de corneta ó clarín.

BIBLIOTECA CATOLICA DE LA REGENERACION,
POR
DON JOSE CANGA ARGUELLES.

DISCERNIMIENTO DE LOS ESPIRITUS.
TRATADO DE LOS
OFICIOS Y MINISTERIOS
DE AYUDAR Á LAS ALMAS,
Y EL DE AYUDAR Á BIEN MORIR.

Convencidos de que en todos tiem-
pos ha sido un mal pernicioso para los
católicos la lectura de los malos libros,
y un bien inesplicable la de los buenos,
que ha preservado á muchísimos del
contagio maligno, que tanto abunda en
nuestro siglo, especialmente en los que
creen poder ser maestros en todo, sin
mas estudio ni fundamento que lo que
les dicta su *Diosa Razon*, hemos creído
muy conveniente dar al público este
libro, para que sirva de contraveneno á
los verdaderos cristianos, que de buena
fé buscan los medios de asegurar su sal-
vacion eterna, y con especialidad para

los sacerdotes y directores de almas en
el confesonario.

Entre las muchas y muy recomen-
dables obras publicadas para avivar el
amor divino, figurará con aprecio la que
nos ilustra y haga conocer y distinguir
lo bueno de lo malo.

Convencidos de esta verdad, nos ha
parecido sumamente útil reimprimir el
Discernimiento de los Espíritus del
P. Juan Bautista Scaramelli, de la
Compañía de Jesus, que explica de un
modo admirable, y con tantos ejemplos
prácticos, las revelaciones buenas y ma-
las; las causas de la frialdad en el cami-
no de la virtud; los motivos que embo-
tan las almas á fuerza de las dudas y
zozobras, entorpeciéndolas en un todo
para el cumplimiento de sus obligacio-
nes religiosas, poniéndolas en el escollo
de no saber cómo obrar.

Todo esto está bien aclarado en esta
obra, y cualquiera persona, con su con-
sejo y direccion, podrá obrar con acier-
to, por mucha que sea la vacilacion con
que el ángel malo quiera ofuscar su
entendimiento.

A mayor abundamiento, acompaña-
mos al tratado del P. Scaramelli, el del
P. La Puente. *Acerca de los oficios y
ministerios en general de ayudar á al-
mas, y de lo que se necesita para hacerlo
con perfeccion.*

Nos ha parecido oportuno comple-
tar nuestro trabajo, poniendo el *Tratado
sobre el modo de ayudar á bien morir*,
que escribió el beato Alfonso Ligorio,
en el que se dan avisos al sacerdote que

asiste al enfermo; se señalan los remedios contra las tentaciones; se dan los avisos oportunos para los últimos Sacramentos, y cómo se han de recibir con fruto; se indican los motivos y afectos que se han de ir sugiriendo á los moribundos en la agonía y al espirar; se anotan las señales de muerte próxima, y se ponen las preces y actos cristianos.

Esta obra, que consta de 416 páginas, en 8.º, se vende al precio de 12 rs. para los suscritores de LA REGENERACION, á los cuales se les enviarán los ejemplares francos de porte, por el correo, pudiendo remitir en sellos el importe al hacer el pedido.

¡Quiera Dios que pueda este libro servir de motivo para que todos, convencidos de la falsía de este mundo pervertido, y verdadero valle de lágrimas, nos animemos mutuamente á conseguir la patria celestial, para la que fuimos criados, y que allí podamos ver á Dios *simolli est*, como es en sí, según nos dice el Apóstol!

DIRECTORIO ASCÉTICO

POE
EL P. SCARAMELLI.

Esta obra es de gran mérito y utilísima á toda clase de personas de ambos sexos, y particularmente á los señores confesores para dirigir las almas por el camino recto de la virtud; y es tan general su aceptación, que en pocos años se han agotado dos ediciones, y de los

pocos ejemplares que se encontraban de la última, costaban en Madrid 180 rs. cada uno. Cualquiera que reflexione esto, podrá conocer el gran beneficio que se les proporciona, dando esta nueva edición á 76 rs. franca de porte, en atención á haberse subido el precio de conduccion en correos.

Esta obra y el pensamiento que ella envuelve, va teniendo en varias diócesis toda la aceptación que su autor pudiera prometerse, y que nosotros deseamos y esperamos será muy en breve general en las demás de la Península. Mas adelante daremos conocimiento de todas las indulgencias que los Rdos. Prelados concedieron por la lectura de esta obra, como lo ha hecho el Excmo. Ilmo. Señor Obispo de Pamplona, por cada párrafo de aquella.

Esta obra se espnde al módico precio de 6½ rs. tomada en Madrid, y en provincias, franca de porte á 76 rs., en atención á la subida de costo en los correos. Los que quieran tomarla, se dirigirán al Administrador de LA REGENERACION, ó á D. Miguel Olamendi, Paz 6. Madrid. No se dá ya por aplicación de Misas, por haberse concluido la limosna de estas.

RECTIFICACION.

Al ajustar las planas del último número se padeció la equivocacion de intercalar en el artículo sobre institucion de la fiesta del Santo Rosario, las noticias tomadas del Anuario estadístico.